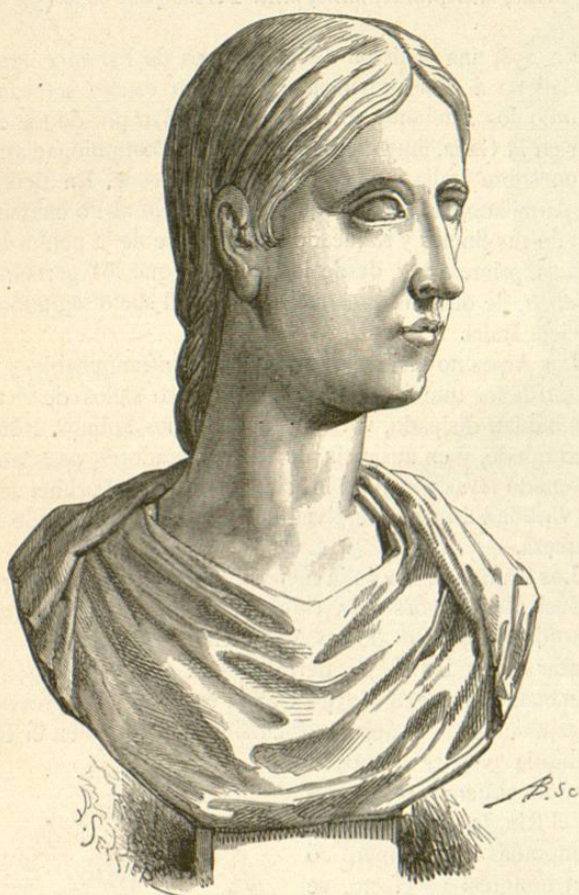


en Italia una importante ley de Galieno. El ardor belicoso que el senado acababa de mostrar, hubo de ponerlo en cuidado, y para tranquilizarse por esta parte, dió un rescripto en que prohibía á los Padres conscriptos el servicio militar y hasta presentarse en un ejército ó campamento. Ya hemos visto en el anterior capítulo los efectos de esta decisión.

Los marcomanos y los godos, con sus aliados carpos, boranos y burgundos infligían á la Iliria, á Macedonia, á la Tracia y á la Grecia los mismos daños que los francos causaban á la Galia y los alamanos á Italia. Todas estas provincias quedaron desoladas por las correrías, los incendios, los asesinatos y una multitud de combates, cuyo lugar ni



La emperatriz Salonina (Museo del Capitolio)

fecha se sabe, pero donde algunos generales ganaron reputación, el afecto interesado de las tropas y más tarde el peligroso honor de ser elevados por ellas al imperio; tan peligroso y terrible que equivalía á una sentencia de muerte á corto plazo.

Uno de los que más se distinguieron en estos encuentros fué Aureliano, el cual conservará la púrpura imperial por espacio de cinco años y será un gran príncipe (1): en

bargo, que Salonina hubiera entrado resueltamente en la Iglesia, donde no se recibía á nadie, sino después de renegar solemnemente de los ritos paganos, y la emperatriz, que erigió un templo á la diosa de las mieses, Segecia, no hizo á buen seguro tal abjuración. Pero curiosa de las ideas que corrían en su tiempo, con el alma turbada por las desgracias del imperio y sus enojos domésticos, la amiga de Plotino aspiró sin duda á la paz que el cristianismo y los neoplatónicos prometían á sus muertos. Su esposo que promulgó el primer edicto de tolerancia en favor de los cristianos habría tenido esta deferencia con la emperatriz, que acaso lo inclinara á la benevolencia con ellos (V. *Mem.* de Witte sobre la emperatriz Salonina, 1852).

(1) Otro general, Valente, que será un momento emperador, parece que hizo levantar á los godos el sitio de Tesalónica; á lo menos, en Amiano Marcelino (XXI, 16) tiene el sobrenombre de Tesalónico.

una carta de 257 al prefecto de Roma, lo llama Valeriano *libertador de la Iliria*, á la cual limpió de bárbaros. Para alimentarse, aquellas hordas arrastraban consigo innumerable ganado mayor y menor, y les cogió tal cantidad, que pudo repartir entre muchas ciudades de Tracia gran número de bueyes y caballos. Envió también á Roma para una *villa* de Valeriano quinientos esclavos escogidos, dos mil vacas, dos mil yeguas, diez mil ovejas y quince mil cabras.

Estrechándose por todas partes el círculo de barbarie que envolvía el imperio, el Asia, como la Europa, tenía también sus invasiones.

Las guarniciones de los puestos romanos establecidos á lo largo de las costas meridionales del Euxino hasta Sebastópolis al pie del Cáucaso, se habían reducido mucho para suministrar soldados á las continuas revoluciones del imperio, y sediciones que los Antoninos habrían impedido, ponían el reino del Bósforo á discreción de sus nuevos vecinos (2). Los cimérios entregaban sus barcos á los godos, á los alanos, á los hérulos, y estos improvisados piratas se hicieron conducir por los marinos del Bósforo, á través del *mar inhospitalario*, hasta las costas de Asia. Apoderáronse de *Pithyus* (Piliante) y después de la gran ciudad de Trebisonda, donde tres siglos de prosperidad habían acumulado inmensas riquezas, que una numerosa guarnición no supo defender.

La fama de esta victoria enardeció la codicia y aliento de los godos del Danubio, los cuales obligaron á sus prisioneros romanos á construir embarcaciones, en las que recorrieron la costa, mientras el grueso del ejército de invasión pasaba el río, atravesaba impunemente toda la Tracia, y cerca de Bizancio encontraba buen número de pescadores, que de grado ó por fuerza le prestaron sus barcos sin duda para trasportar el botín.

«Desde Calcedonia hasta el templo que se alzaba á la entrada del Bósforo de Tracia,» había fuerzas más considerables que las de los bárbaros; pero los romanos huyeron poseídos de terror, y con esto, entraron los godos en Calcedonia, Nicomedia, la futura capital de Diocleciano, Nicea, Cio, Apamea, Prusa y Apolonia, á la que no protegió su templo de Apolo, construido en la isla de un lago encantador, formado por el Ríndaco: Cícico se libró del mismo daño, porque el enemigo no pudo pasar el río, cuyo caudal habían aumentado las lluvias. Toda la Bitinia fué entrada á saco, sin que las legiones romanas se atrevieran á hacer frente á los bárbaros. Las poblaciones huían con indecible espanto, y muchos de aquellos desgraciados, entre los cuales tenemos que contar, mal que nos pese, algunos cristianos, se aprovecharon de aquella desorganización para saquear á su vez por su propia cuenta (principios de 258).

Nuestros pobres villanos (*Jacques*) decían en la Edad media obedeciendo á la desesperación bajo las mismas tribulaciones y daños: «El diablo anda suelto; hagamos pues todo el mal que podamos.» Tres siglos más tarde se reconocía por las ruinas que habían dejado tras sí los godos el camino que habían seguido. Según Zósimo, llevaron

(2) Los reyes del Bósforo ponían en el reverso de sus monedas el busto del emperador reinante (Eckhel, t. III, p. 306, y Cary, *Historia de los reyes del Bosf.* p. 76-8). Pero estos reyes estaban ahora á discreción de los bárbaros, sus vecinos. Así un vacío de muchos años en las monedas de Rescúporis IV revela turbaciones de que hubo de aprovecharse el usurpador bárbaro Inintimevo. Fareanses, que parece haber reinado algún tiempo hacia 253, tiene también un nombre de dudosa fisonomía. Rescúporis VII reinó de 254 á 266 y acaso más aún (*Tesoro de numism.* p. 63).

á su país un botín inmenso y «tributaron grandes honores á Crisógonos que les había aconsejado esta expedición (1).»

El año anterior había celebrado Valeriano en Bizancio un gran consejo de guerra en presencia de los oficiales del palacio y del ejército. Sabemos el orden de las precedencias en esta asamblea y vamos á consignarlo para dar idea de las dignidades que se establecían. A la derecha del príncipe estaban sentados uno de los cónsules ordinarios, el prefecto del pretorio y el gobernador del Oriente; á su izquierda el duque de la frontera escítica, el prefecto de Egipto, el duque de la frontera oriental, el prefecto de la anona en Oriente, el duque de la Iliria, el de Tracia y el de la frontera rética.

El inepto cronista, que había podido leer el acta de aquella extraordinaria sesión, no nos da á conocer las deliberaciones del consejo, limitándose á decir que Valeriano hizo grandes elogios de Aureliano por sus recientes triunfos en Iliria sobre las hordas góticas y sármatas (2).

¿Dónde estaba el vencedor de francos y godos en el momento de los desastres que acabamos de referir? Sin duda en Antioquia con Valeriano. Este príncipe no hizo nada para prevenir ó atajar los males que acababa de sufrir la Bitinia. Sólo envió un general á Bizancio, á fin de conservar esta importante posición. Pero los godos no pensaban aun en establecerse fijamente en el imperio y su retirada fué sin duda determinada, menos por la aproximación del



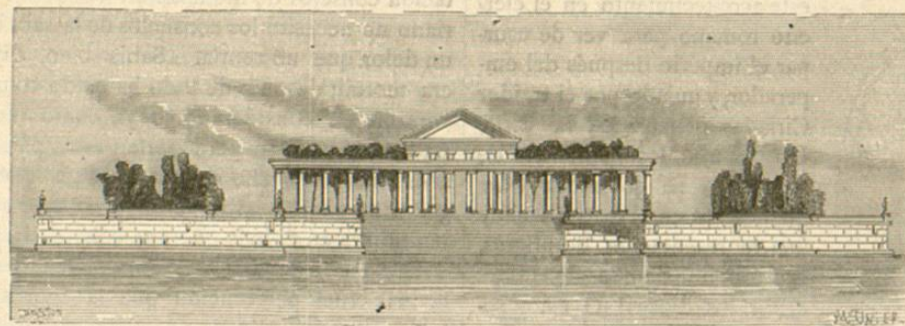
Isla y santuario de Apolonio del Rindaco (Estado actual)

emperador, que avanzó hasta Capadocia, que por el deseo de poner en seguridad, antes de la estación tempestuosa, el botín cargado en sus barcos, cuya riqueza superaba todas sus esperanzas (3).

La invasión gótica se refería probablemente á otra invasión que, según parece, debió expulsar del Asia á los ro-

manos, la de Sapor; á lo menos, los bárbaros dieron sus primeros golpes en las ciudades adonde terminaban las vías de Armenia, de que los persas se apoderaron ahora, y viniendo á ocupar la Capadocia, parece ser que Valeriano quiso interponerse entre los dos aliados,

Si se creyera que esto es atribuir á los bárbaros combi-



Isla y santuario de Apolonio del Rindaco (Restauración por Guillaume)

naciones muy vastas, recordáramos los emisarios enviados por los dacios á los Arsácidas, Trajano imperante. No necesitaban los amales grandes esfuerzos de inteligencia política para comprender y seguir la tradición de Decébal.

Sapor había hecho asesinar al rey de Armenia Cosroes (4), á quien substituyó con uno de sus partidarios. Por espacio de más de un cuarto de siglo fué esta provincia como una provincia pérsica, con gran dolor de sus habi-

tantes, porque los persas perseguían á todos los que manifestaban apego á sus usos y costumbres nacionales; derribaban los edificios del culto público, los templos del Sol y de la Luna; y el fuego sagrado de Ormuzd encendido en los pireos recordaba sin cesar el triunfo de una raza y de una religión extranjeras. Y todavía era un baluarte del imperio y uno de los mejores que caían.

La posesión de la Armenia hacía, en efecto, fácil para

(1) Jordanes (*de Gathorum gestis*, 20) dice que los godos habían incendiado á Ilión y el templo de Diana en Efeso, y añade que en su tiempo (siglo VI) se velan aún en Calcedonia las ruinas que habían hecho. Zósimo (I, 35) no dice quién era este Crisógonos; pero bien se ve que aquellos bárbaros no lo eran tanto que no supieran sacar partido de los traidores y recoger los datos necesarios para el buen éxito de sus expediciones.

(2) Vopisco, *Aur.* 13. Valeriano le dió entonces, no el consulado, como dice el autor, sino las insignias consulares. Las inscripciones de las monedas prueban que Aureliano fué cónsul por la primera vez en 271 (V. Eckel, t. VII, p. 479).

TOMO II

(3) Sozomenes (*Hist. eccl.* II, 6) y Filostorgo (*Hist. eccl.* II, 5) dicen que entre los cautivos se encontraban sacerdotes, que convirtieron gran número de bárbaros de las orillas del Danubio y del Rin. La obra de conversión comenzó acaso entre los godos desde aquella época: en 325, un sacerdote de este pueblo tomará asiento en el concilio de Nicea; pero en la Germania occidental no hubo cristianos antes de Clodoveo entre los francos que Sozomenes parece designar, y los alamanos todavía se convirtieron más tarde.

(4) El hijo de Cosroes, Tiridates, debió su salvación á los sátrapas que lo enviaron á Roma; en 287, Diocleciano lo sentó en el trono de sus padres (Moisés de Khoren, *Hist. Armeniae*, II, 69-75).

los persas la conquista de la Mesopotamia, donde Sapor tomó las plazas fuertes de Nisibe y de Carres. La situación era pues muy crítica porque era inminente el peligro; y todo era debido á los que, en menos de cuarenta años, habían provocado ó dirigido diez revoluciones militares.

Los romanos, que habían quedado dueños de Edesa, cortaban á los persas una de las vías del Asia Menor, y los Pilos cilicianos cerraban la otra. Sapor, con su mala infantería, no era capaz de forzar el paso de las montañas, ni podía impedir que un ejército romano descendiera á la Siria, como, en efecto, entró Valeriano en Antioquía, sin que nadie se le opusiera. La aparición de los godos en Bitinia le obligó á volver al Asia Menor «donde no hizo nada, dice Zósimo, sino incomodar á los pueblos á su paso.»

Su retirada le permitió por fin dejar á Capadocia y dirigirse á Edesa, que bloqueada durante muchos años, aun se mantenía firme. Pero la peste había diezmando sus tropas, y una derrota que sufrió, sobre esto, lo decidió á tratar.

Habiéndose negado Sapor á recibir á sus embajadores, Valeriano solicitó de él una entrevista personal: fué renovar la falta de Craso. Cuando el astuto bárbaro vió al emperador venir á él mal acompañado, lo envolvió con su caballería y lo retuvo prisionero (260) (1).

El cautiverio de Valeriano duró seis años, durante los cuales tuvo que sufrir indignos ultrajes. A su muerte (2), curtida su piel, llena de paja y teñida de rojo, fué colgada en la bóveda del principal templo de Persia, donde permaneció muchos siglos (3).

Las rocas de Nakeh-Rusten y Schahpur conservaron el recuerdo de esta grande humillación romana, y los jinetes que en ella se ven pisoteando legionarios, acaso dieran origen á la leyenda de Sapor sirviéndose del emperador romano como de un taburete para montar á caballo.

Sapor se aprovechó de la consternación producida por este acontecimiento en el ejército romano para ver de usurpar el imperio después del emperador, y guiado por el traidor Ciriades penetró en la Siria. Un día que los habitantes de Antioquía se solazaban tranquilamente en el teatro, viendo una representación de mimos, exclamó uno de ellos de súbito: «¡Por los dioses! ¡O estoy soñando ó están aquí los persas!»

En efecto, un momento después las flechas pérsicas caían en medio de la multitud y la ciudad toda fué bárbaramente saqueada. El espanto volvió á cundir por todas aquellas provincias, pretendiéndose que Emesa se había salvado



Sapor I (4)

(1) Es la narración de Zósimo (I, 3). Zonaras (XII, 23) habla de un combate y de una derrota, y añade que se guardaba también el recuerdo de una sedición militar, que hubo de obligar á Valeriano á refugiarse al lado de Sapor.

(2) Agatías dice que fué desollado vivo.

(3) ¿Cuál es en esta narración la parte de la leyenda y cuál la de la verdad? No se sabe. Una carta de Constantino á Sapor II, citada por Eusebio (*Vida de Const.* IV, 11) y las palabras de Galerio á Narses, referidas por Pedro el Patriarca (*Excerpta de Legat.* en la Bizantina) atestiguan que Valeriano sufrió en efecto la más humillante cautividad, la cual, según la *Crónica de Alejandría*, duró hasta 269. Pero Treb. Polión (*Tyr. trig.* 14) antepone la muerte de Valeriano á la de Odenato, y por consiguiente en 266.

(4) Busto del rey ciñendo diadema y colocado sobre una cabeza de eón con dos alas.

sólo por favor de su dios. Sin duda el grueso de las fuerzas pérsicas estaba en el Norte de la provincia y no llegó á la ciudad santa más que un destacamento que fué fácil rechazar ó resistir; ó bien Sapor quiso por miras políticas respetar un templo, objeto de la veneración de los pueblos de aquella región.

Toda la atención de los persas se dirigía al Asia Menor; una vez conquistada ésta, lo demás caería de suyo. Franquearon, sin encontrar resistencia, los pasos de Cilicia, tomaron la gran ciudad de Tarso y cercaron la capital de Capadocia, la famosa Cesarea, cuya población se calculaba en 400.000 almas.

La capital se resistió mucho tiempo, hasta que un prisionero, obligado por la tortura, indicó un punto mal guardado, por donde los sitiadores, favorecidos por las sombras de la noche, entraron al fin en la plaza.

Tenían los soldados el orden de coger vivo al valeroso Demóstenes que había dirigido la defensa. A lomos de su fogoso caballo, se precipitó en medio de ellos, mató á cuantos se le opusieron, y se puso en salvo.

Dos años antes, hubieran podido los persas, desde Capadocia, dar la mano á los godos dueños de la Bitinia; pero esta ayuda de los bárbaros del Norte no era tampoco necesaria á los bárbaros del Sur para llegar á la Propóntide y al mar de las Cícladas. El terror los precedía. «Fácilmente, dice Zósimo, se habrían hecho dueños de toda el Asia, si no hubieran tenido prisa en volver á su país á llevar su rico botín y á gozar su victoria.»

Después de su partida, vengáronse los sirios del traidor Ciriades que había tomado el título de Augusto quemándolo vivo.

Parece que habiendo anunciado Sapor su victoria á todos los pueblos vecinos ó aliados, espantados éstos de tan famoso triunfo, ocultaron sus temores dándole en contestación consejos de moderación filosófica. El hijo de Valeriano no necesitó los consuelos de la sabiduría para calmar un dolor que no sentía. «Sabía bien, dijo, que mi padre era mortal; después de todo ha caído como un hombre de corazón.» Y considerándolo ya como muerto, hizo de él un dios. Acaso se perdonarían estas palabras de Galieno, si las hubiera hecho seguir de actos enérgicos para vengar á su padre y al imperio; pero este supuesto estoicismo no era en él más que una cobarde impiedad.

El reinado de Valeriano está marcado en la historia por la más cruel persecución que la Iglesia hubiera sufrido hasta entonces. Viendo cómo los bárbaros amenazaban el corazón de Italia y cómo devastaban las dos terceras partes del imperio, la cólera de los paganos se volvió contra aquel pueblo extraño que vivía en medio de ellos, indiferente á sus pesares y negándose á tomar las armas para hacer frente al enemigo público. Como si los emperadores hubieran entrado á su pesar en esta vía, sus primeras cartas prohibieron solamente las congregaciones de los cristianos y la entrada á los cementerios; no obligaban á nadie á renegar de sus creencias, pero imponían á todo el mundo el deber de conformarse con las ceremonias romanas, lo que en el fondo hubiera sido equivalente á la apostasía; en fin no penaban aun á los contraventores más que con el destierro. Las actas de San Cipriano revelan esta primera fase de la persecución, que parece no haber alcanzado más que al clero.

«Bajo el cuarto consulado del emperador Valeriano y el tercero de Galieno, á tres de las calendas de setiembre (30 ag. 257) en la sala de audiencia de Cartago, el procónsul Paterno dijo al obispo Cipriano: Los santísimos emperadores Valeriano y Galieno se han dignado dirigirme

letras en que ordenan á todos los que no profesen la religión de los romanos, someterse sin demora á todas sus ceremonias. Te he citado aquí para conocer tus intenciones. ¿Qué tienes que responder?

»El obispo Cipriano respondió: Yo soy cristiano y obispo; yo no conozco más Dios que el Dios único y verdadero, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que encierran. Ese Dios es el que adoramos nosotros los cristianos y á quien de día y de noche rogamos por nosotros y por todos los hombres y particularmente por la salud de los emperadores.

»El procónsul Paterno preguntó: ¿Persistes en esa resolución? — El obispo Cipriano contestó: La buena voluntad que una vez ha conocido á Dios, no se muda. — Puedes disponerte para partir desterrado á la ciudad de Curubis, como ordenan los santísimos emperadores. — Estoy dispuesto á partir. — El procónsul añadió: Las órdenes que he recibido no atañen sólo á los obispos, sino también á los sacerdotes. Quiero saber de tí los nombres de los sacerdotes establecidos en esta ciudad. El obispo Cipriano contestó: Vuestras leyes, sabia y útilmente, han prohibido la delación; no puedo pues darte á conocer los nombres de los que buscas; pero esta ayuda de los bárbaros en las ciudades donde viven. — Quiero que se presenten aquí hoy mismo. — La disciplina les prohíbe entregarse de suyo, y en esto no podrías reprobar su conducta; pero hazlos buscar y los encontrarás. — A buen seguro; ya sabré dar con ellos.

»Después añadió el procónsul: Los emperadores prohíben igualmente las reuniones numerosas y la entrada de los cementerios. Todo el que contravenga á estas disposiciones será castigado de muerte. — El obispo Cipriano contestó: Haz lo que se te ordena (1).

El sucesor de Paterno levantó la sentencia de destierro dictada contra Cipriano y le permitió residir á las puertas de Cartago en una casa que pertenecía al obispo. Pero las calamidades del imperio iban en aumento, y príncipes que no sabían ayudarse á sí mismos, creyeron obtener la asistencia del cielo vengando á sus dioses. A mediados del año 258, envió Valeriano al senado el rescripto siguiente:

«Los obispos, los presbíteros y los diáconos serán castigados de muerte; los senadores, dignatarios y caballeros, degradados y despojados de sus bienes. Si perseveran, la muerte. Las mujeres de condición serán desterradas; los libertos del palacio enviados como esclavos á los dominios del emperador.»

Vamos á insertar igualmente el último interrogatorio de Cipriano, que da á conocer el procedimiento seguido en todas partes contra los mártires.

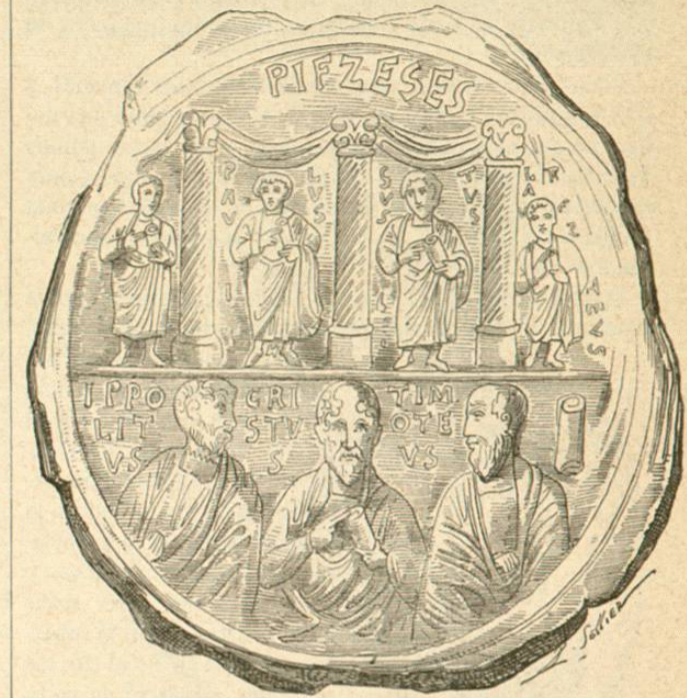
«El procónsul Galerio Máximo dijo á Cipriano: ¿Eres Tascio Cipriano? — Soy, contestó el obispo. — ¿Eres el papa de esos hombres sacrílegos? — Soy. — Los santísimos emperadores te ordenan sacrificar á los dioses. — No lo haré. — Piénsalo bien. — Haz lo que se te haya ordenado, porque en cosa tan justa no hay nada que pensar.»

(1) Freppel, *San Cipr.* p. 477-78, según las actas proconsulares del martirio de San Cipriano. Dionisio obispo de Alejandría no fué tampoco más que desterrado al desierto de Libia á tres jornadas de Paretonio (Eusebio, *Hist. eccl.* VII, 11). Interrogado por el prefecto de Egipto dió la famosa contestación de San Pedro (*Act. Apostol.* V, 29) que Policrates de Efeso había repetido (Eusebio, *Hist. eccl.* V, 24) y con la cual puede romperse siempre el lazo social: «Hay que obedecer á Dios antes que á los hombres.» Es decir á las propias ideas que se creen de revelación ó de inspiración divina y no á la ley común. En el caso de los cristianos, el Estado no tenía razón y la resistencia de ellos era legítima; pero la fórmula era peligrosa, porque no siempre serviría para garantizar derechos que deben ser sagrados, los derechos de la conciencia.

Galerio Máximo, después de haber consultado con su consejo, se expresó en estos términos:

«Hace mucho tiempo que vives en sentimientos sacrílegos; tú has hecho entrar á muchos en esta conspiración impía, poniéndote así en hostilidad con los dioses de Roma y las leyes religiosas sin que los piadosos y santísimos príncipes Valeriano y Galieno Augustos ni el clarísimo Valeriano César te hayan podido atraer á la práctica de sus ceremonias. Por eso, siendo tú el autor de las más negras maldades y el porta estandarte de la secta, servirás de ejemplo á los que has seducido con tus criminales manejos: tu sangre será la sanción de la ley.

»Dicho esto, tomó el procónsul unas tablillas para escribir esta sentencia, que leyó en alta voz: «Condenamos



El papa Sixto y el diácono Lorenzo sobre un vaso dorado de las catacumbas.

á Tascio Cipriano á ser decapitado.» El obispo exclamó: «¡Loado sea Dios!» Y los guardias se lo llevaron.

Llegado que hubo al lugar del suplicio, Cipriano se despojó de su manto, se arrojó y oró algún tiempo. Después dió su dalmática á los diáconos, se vendió los ojos y encargó á los suyos que después de su muerte entregaran al verdugo veinticinco monedas de oro. En torno del santo los piadosos hermanos extendían lienzo para recoger la sangre del mártir. El ejecutor temblaba al dar el golpe mortal, y todos los paganos habrían debido temblar, como él, ante aquellos muertos triunfantes (14 set. 258).

Cipriano estaba entre los privilegiados: había tenido el fin menos cruel; otros eran quemados vivos, como el obispo de Tarragona, ó arrojados á las fieras. Roma pagó largamente su deuda de sangre y el papa Sixto II fué una de las primeras víctimas. Sorprendido en las catacumbas, mientras celebraba los santos misterios, fué decapitado; su diácono San Lorenzo, quemado á fuego lento. En todas las iglesias perecieron igualmente muchos presbíteros, diáconos y fieles. Novaciano, que había traído á la Iglesia la dureza del estoico Cenón, su primer maestro, fué una de las víctimas, acaso también San Dionisio, que evangelizó el Norte de la Galia, y Poliuto, que debe á Corneille su fama.

El imperio se desgarraba con sus propias manos, como

si para su ruina no fueran bastante la peste, el hambre y los bárbaros, que al parecer de los cristianos «habían sido desencadenados por Dios para aquel día de cólera.»

Galieno tuvo un mérito: comprendió en efecto que aquella persecución era tan inicua como inútil, y cuando fué dueño absoluto, mandó devolver á los cristianos sus cementerios, sus bienes y la libertad de su culto (260) (1). Era una guerra menos en el imperio. Por desgracia quedaban aun muchas otras.

Cuando la imprudencia de Valeriano entregó la Siria á los persas, había en Oriente dos hombres famosos por sus talentos militares, Macriano, lugarteniente del emperador prisionero, y Balista, antiguo prefecto del pretorio. Reunieron los restos del ejército de Edesa y buscaron en Samosata, en el estrecho ángulo que forma el monte Aman y el Eufrates, al N. de Comágene, un retiro que fuera de fácil defensa.

Poco á poco fueron recobrando aliento los romanos, y Balista ganó las costas del mar de Chipre, reunió una flotilla, en que embarcó algunas tropas, y en varios puntos de la Cilicia hizo algunas incursiones afortunadas. Como los persas, en el orgullo de su triunfo, desdeñaban toda prudencia, sorprendió muchas veces sus huestes encarnizándose con ellas.

Pero la mejor ayuda vino de donde el imperio no podía esperarla. Ya hemos hablado en esta historia de Palmira,



Odenato, esposo de Cenobia (atribución insegura) (2)

de sus riquezas, de su numerosa población y de una familia que ocupaba allí el primer lugar, la de los Odenatos. Para su comercio necesitaban los palmirenses la amistad de Sapor, y le enviaron diputados con muchos y ricos presentes para sellar esta amistad. Pero el soberbio príncipe arrojó al río los presentes, desgarró la carta de los embajadores y exigió absoluta sumisión. Tenía entonces Palmira como jefe ó príncipe de su senado á un hombre inteligente y resuelto, muy rico y muy influyente, llamado Septimio Odenato. En los momentos de crisis los hombres superiores ocupan naturalmente su puesto, y Odenato persuadió á sus compatriotas de que no se debía responder sino con la guerra á ultrajes que eran una amenaza segura para su independencia, y organizó la guerra sin demora y de una manera formidable.

Las caravanas habían hecho la fortuna de Palmira; y para conducir las había tenido que entenderse con los árabes del desierto de Siria, los cuales, desde el Oronte, al Pasitigris, todos defendían sus intereses. Odenato recordó á sus *cheiques* la destrucción de la ciudad árabe Atra arrasada por Sapor y les representó su libertad y sus riquezas perdidas si el orgulloso y violento príncipe lograba expulsar del Asia á los romanos.

El árabe tiene dos grandes pasiones, la religión y el

(1) Eusebio, *Hist. eccl.* VII, 13. Galieno parece haber sido bondadoso. Habiendo vendido un comerciante á Salonina piedras falsas por finas, hubo de condenarlo á las garras de un león, y luego hizo saltar contra él un capón. Todos se echaron á reír y el emperador exclamó: «Bueno es que quien engaña sea engañado» (*Hist. Aug. Gal.* 12).

(2) Piedra grabada del gabinete de Francia, núm. 1399.

comercio: Mahoma no les había dado todavía la una; pero la otra había sido singularmente desarrollada por los provechos que las mercancías cambiadas entre los dos imperios dejaban en manos de los que conducían los convoyes y caravanas. Acudieron pues en multitud al rededor del príncipe de Palmira y vamos á verlos fundar el primer imperio árabe.

Palmira tenía una guarnición romana permanente, y esta tropa sirvió de núcleo al nuevo ejército. Los fugitivos dispersos en la Siria se le incorporaron y Odenato añadió sus árabes. Los triunfos de Balista habían comprometido la situación de los persas en la Siria; su línea de retirada estaba amenazada al Sur por los armamentos de Palmira, al Norte por la guarnición de Edesa que se daba ya la mano sin duda con las tropas de Samosata, y en aquella tierra demasiado romana no había ya seguridad para ellos, que se sentían muy inquietos. Sapor los condujo hacia el Eufrates dejando tras sí buen número de los suyos, sorprendidos por un repentino ataque de las tropas de Odenato.

Llegado que hubieron á la orilla derecha del río, abrazáronse los persas en su regocijo, creyéndose ya á buen recaudo; pero aun les faltaba, dice Zonaras, comprar la libertad del paso entregando al ejército de Edesa lo que les quedaba del oro sirio. También se produjo en aquellos desiertos una como avalancha de hombres. Atraídos por el incentivo de la matanza y los despojos, acudieron los nómadas de todos los puntos del horizonte y como por encanto surgían de la soledad espantables ejércitos.

Con esto, Odenato, á quien ya se había incorporado Balista, se sintió bastante fuerte para emprender la reconquista de Mesopotamia y para atreverse á seguir hasta Tesifonte las huellas de Trajano y Sept. Severo (3). En una batalla se apoderó de una parte de los tesoros de Sapor y de sus mujeres: era la digna contestación de los ultrajados palmirenses al soberbio príncipe.

No había podido libertar al cautivo emperador Valeriano; pero envió á Roma sátrapas prisioneros, y Galieno, olvidado de su padre, celebró por un triunfo esta victoria que las legiones romanas habían dejado ganar á los beduinos.

De esta afortunada expedición volvía demasiado grande Odenato para permanecer de simple particular. Los árabes lo proclamaron rey, y Galieno, con la mira política de granjearse la buena voluntad de un hombre tan útil, quiso obligarlo con honores y lo nombró jefe de las fuerzas imperiales en aquella parte del Oriente, *ἀποκεράτωρ* ó *imperator* (principios de 262). Más tarde, después de nuevos servicios, le reconoció el título de Augusto, y el hijo de los clientes de Severo se puso á la altura de los emperadores de Roma (4).

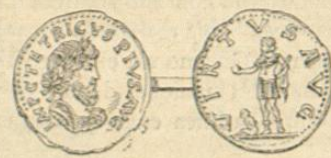
III.—LOS EMPERADORES PROVINCIALES (249-268). GALIANO.

Los que por un recuerdo de Atenas se han llamado los treinta tiranos, no eran tiranos ni treinta. Desde el cautiverio de Valeriano hasta la muerte de su hijo, se cuentan diez y ocho generales que fueron proclamados emperado-

(3) Eutropio, IX, 10, 11; Malal. XII, p. 227; Zonaras XII, 23.
(4) M. de Vogue (*Inscrip. sem.* p. 29 y sig.) no cree que Odenato hubiera llevado el título de Augusto. Pero como nota Waddington (*Inscrip. de Siria*) «en Palmira no presumían de traducir exactamente los títulos de las funciones romanas,» y como á Cenobia se llama en una inscripción *σεβαστή* ó *augusta*, se puede inferir de aquí que se le dió este título como viuda de un *σεβαστός*.

res por sus tropas (1), como lo habían sido todos los príncipes desde los Antoninos, y no les faltó más que el éxito para haber figurado legalmente entre los señores del mundo romano. Uno solo, Calpurnio Pisón, era de alta nobleza; otro, Tétrico, del orden senatorial; los demás eran de origen oscuro.

Por lo demás, estos supuestos usurpadores no fueron peores ni mejores que los príncipes inscritos en el catálogo



Moneda de Tétrico (2)

oficial: muchos de ellos mostraron habilidad y prestaron buenos servicios, y todos, en fin, eran legítimos, como lo había sido Septimio Severo.

El imperio, es decir la unión para la común defensa parecía no existir ya desde que uno de los emperadores estaba cautivo en Tesifonte, otro se abandonaba á los placeres y los bárbaros recorrían las provincias. Bajo el estímulo de la necesidad hubo de despertarse el patriotismo, y puesto que no había que esperar de Roma nada, todo se esperó del propio esfuerzo. Las legiones formaban la guarnición permanente de las provincias y ordinariamente permanecían mucho tiempo en los mismos lugares: la *III.^a Augusta* ocupó la Numidia por espacio de tres siglos.

De aquí resultaban estrechas relaciones entre el ejército y las gentes del país: el soldado se casaba en él, en él se reclutaba la legión, y las tropas tomaban las costumbres y creencias del medio en que vivían. Hemos tenido muchas ocasiones de mostrar que la diferencia entre los ejércitos galos y sirios, por ejemplo, respondía á la diferencia de las dos regiones. Poco á poco estos múltiples lazos hicieron de los legionarios, como los representantes de aquellos cuyos defensores obligados eran, y durante el eclipse del imperio unitario, el interés provincial se personificó en emperadores provinciales.

Casi al mismo tiempo, la Galia, la Iliria, la Mesia, la Panonia, la Grecia y la Tesalia proclamaron á su gover-



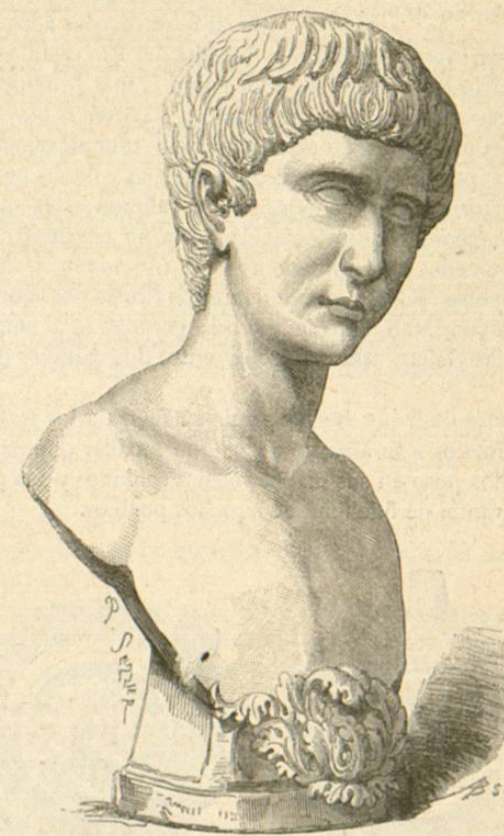
Moneda de Pacaciano, emperador en Panonia ó en Recia (3)

nadores, y los pueblos estaban tan bien hallados con los militares que compartieron con ellos su fortuna. Donde Galieno pudo derribar á uno de sus rivales, tuvo que sufrir tanto el elemento civil como el militar: hizo diezmar

(1) Todavía se llegará á veintinueve Césares ó Augustos asesinados en menos de doce años contando los hijos de emperadores á quienes sus padres dieran la púrpura.
(2) IMP. C. TETRICVS PIVS AVG. y el busto laureado del emperador. Al reverso: VIRTVS AVG. Tétrico en traje militar, de pie; á sus pies, un cautivo (Moneda de oro del museo Británico).
(3) IMP. TI. CL. MAR. PACATIANVS AVG. y el busto radiado del emperador provincial. Al reverso: ROMAE AETERN. AN(ño) MILL(ésimo) ET PRIMO (año 1001 de Roma; 248 después de J. C.); en el centro Roma sentada (Moneda de plata).

las legiones, pero las ciudades, como los campamentos, vieron correr mucha sangre (4).

El más notable de estos emperadores es Póstumo (5). Era de humilde condición (6); pero de gran corazón y muy popular en las Galias, donde había nacido y cuya seguridad había garantizado. Cuando Galieno salió del país en 258, dejó á su hijo Salonino en Colonia con el título de César, bajo la custodia, no de Póstumo, gobernador de la Galia, sino del tribuno Silvano. Póstumo se resintió de esta muestra de desconfianza. Un día en que había repartido entre sus soldados un rico botín tomado á los francos, reivindicó Silvano estos despojos como pertenecientes al César. Cuando Póstumo dió á conocer esta orden, los soldados, antes que devolver lo que habían recibido y ya sin duda gastado, arrancaron de sus estandartes las imágenes de los príncipes y proclamaron á su jefe por empera-



Joven romano que se supone ser Salonino (7)

dor (258). Este los condujo á Colonia, se hizo entregar después de un largo bloqueo al César y á su consejero y les dió muerte á los dos (8).

(4) Treb. Pollón, *Tyr. trig.* 8. Esta reanimación del patriotismo provincial se revela en dos cosas: muchas ciudades, en Galia, por ejemplo, dejan en el siglo tercero su nombre romano para tomar el de su pueblo, y cuando los emperadores separan un antiguo gobierno para organizar nuevas provincias, lo hacen casi siempre dando á éstas los límites que estas regiones habían tenido en el tiempo de su independencia.

(5) M. Cassianus Latinus Postumus.
(6) *Obscurissime natus* (Eutrop. IX, 9).
(7) Mármol del museo del Louvre.
(8) Eckhel (t. VII, p. 391 y 438) pone la rendición de Colonia en 259.—*La Historia Augusta* (*Tyr. trig.* 3) da á Póstumo un hijo que Valeriano había nombrado tribuno de los voconces y que su padre hubo de tomar por colega; pero aunque poseemos muchas medallas de Póstumo, ninguna nos da á entender que su hijo, cuyas aficiones eran meramente literarias, hubiera sido nombrado César y luego Augusto, y la adopción de Victorino confirma estas dudas (Eckhel, t. VII, 447, y Witte, *Rev. numism.* t. IV, 1859).